

RESEÑA DE LIBROS

Lucian W. Pye, *Asian Power and Politics. The cultural dimensions of Authority*. The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts and London, England, 1985. 414 pp.

En un libro realmente incitante Pye, actualmente Ford Professor de Ciencia Política en el M.I.T., analiza en profundidad la influencia de las raíces culturales en la determinación de las actitudes de los pueblos asiáticos respecto del poder y la autoridad. En su opinión, el problema de la política en ese continente reside en que tanto los roles de los líderes como de sus seguidores están ampliamente enmarcados en conceptos culturales acerca de la naturaleza del poder, lo que implica serios conflictos entre los ideales de autoridad ancestrales y las ideas advenidas del exterior de lo que el poder puede efectivamente realizar.

La contradicción se plantea, por tanto, en sociedades que viven un proceso intenso de modernización, pero que al mismo tiempo persiguen modelos diferentes a los que las naciones de Occidente han empleado para lograrla.

La tesis de Pye es que las causas de esta situación radican en que el poder político es extraordinariamente sensible a las formas culturales y que, por tanto, las diferencias culturales son decisivas para determinar el curso del desarrollo político de cada nación.

En el caso particular de Asia, sus culturas históricamente han poseído una amplia variedad de concepciones del poder y a la imposición occidental del estado-nación ha respondido con el surgimiento de una poderosa forma de paternalismo nacionalista. Esto se debe a que las estructuras paternalistas del poder responden a necesidades psicológicas profundas de la seguridad que proporciona la percepción de dependencia, que contrastan con las empleadas en el desarrollo político occidental que han puesto su énfasis en el crecimiento de la autonomía individual, por encima de todo esquema de subordinación.

Mientras Occidente ha valorizado como natural e inevitable el conflicto entre las demandas sociales por un mayor participación en las decisiones públicas y en la afirmación de una autoridad fundada en la soberanía popular, en Oriente, los ciudadanos se muestran más respetuosos de quienes ejercen el poder y sus líderes se encuentran más preocupados de las dignidades inherentes a la autoridad, de levantar el orgullo nacional y, en general, de materias con un carácter especialmente simbólico, tales como la de lograr persuadir

de la calidad protectora de la sociedad que posee la autoridad, más que de cuidar de la eficiencia del Estado u otras metas que permitan avances concretos que son tan comunes a las autoridades occidentales.

Las afirmaciones anteriores, no obstante, no son absolutamente generalizables, por cuanto la existencia de una uniformidad asiática, de "los orientales" o de un "pensamiento oriental" sólo responden a percepciones erróneas —quizás ideológicamente útiles en alguna época— largamente cultivadas fuera de ese continente. No existe "Asia". La multitud de naciones que la integran es tan variada en diferencias como lo es Europa, sin que nadie pueda discutir con mucho fundamento que ésta tiene un grado de identidad indudable. Existe allí un sustrato común y compartido que permite pensarla como una entidad. A pesar de hablar distintas lenguas, todos comparten la herencia de un pasado griego y romano y la fuerte influencia del cristianismo y de la tradición judeo cristiana en la formación de sus sociedades y culturas.

No ocurre lo mismo en Asia, donde el fundamento no se encuentra en una civilización, sino en raíces culturales muy diversas, como es el caso de las tradiciones hindú, budista y musulmana, lo que no les permite tener la percepción de una herencia común, a veces ni aún dentro de un mismo Estado, donde estas formas conviven y, en la mayoría de los casos, sus habitantes apelan a más de una de ellas como patrón ético y religioso simultáneamente. El pasado de Asia, como se puede apreciar, es muy diverso, por lo que no puede darse la idea de una ascendencia común.

De ahí que, para el autor, carezca de sentido efectuar comparaciones entre países asiáticos y rechaza intentos de quienes construyen modelos a partir de ligar la revolución china con Hanoi para luego concluir que existe una "rebelión de los campesinos asiáticos"; de los que piensan que es natural preguntarse en qué otro lugar del continente puede funcionar el "modelo japonés", o los desarrollados por Singapur y Corea del Sur, e incluso los de aquellos que se satisfacen contrastando las culturas "duras" del Asia oriental seguidoras de Confucio con las "blandas" producidas por el hinduismo en India o el budismo en Asia sudoriental.

Los países asiáticos carecen, como se ha afirmado, de un pasado común, lo que los hace diversos e incomparables, pero lo que sí comparten son anhelos similares para el futuro. Buscan el crecimiento económico, el incremento de su poder nacional y todo lo que puede entenderse dentro de un proceso de modernización. De ahí que Pye estime que, mientras la unidad europea se basa en su pasado, la de Asia, más sutil aunque no menos real, se constituye a partir de la conciencia compartida de un deseo de cambio y de construir un futuro diferente de lo que fue el pasado.

El autor revisa asimismo, la inclusión de esta área dentro de categorías de análisis como "Tercer Mundo", países "en desarrollo" o "naciones emergentes" y compara sus realidades con la aplicación que han tenido algunos de estos conceptos en África y América Latina, mostrando la imposibilidad de aplicar generalizaciones semejantes a realidades históricas y culturales tan diferentes, más aún si se tiene en cuenta que, a partir de los años sesenta, los pueblos de Asia oriental y sudoriental han vivido el período de mayor crecimiento económico sostenido que ha experimentado la historia.

Las diferencias insistentemente señaladas entre las formas intelectuales creadas en Occidente, particularmente en Estados Unidos, para comprender los procesos políticos y sus limitaciones para captar la realidad de las naciones asiáticas, conducen al autor al análisis de las tradiciones y formas culturales como vía de entender la "visión" que esos pueblos tienen del poder y la autoridad.

Es desde este marco que Pye analiza en esta obra la evolución de los conceptos asiáticos del poder, particularmente en los escenarios del presente siglo, y de qué manera han contribuido a su aproximación a los procesos modernizadores en que se encuentran implicados, debido a que las concepciones tradicionales no relacionaban, como se ha mencionado, poder con eficiencia, utilidad y representación.

Luego revisa con detención la influencia del pensamiento de Confucio en China, Japón, Corea y Vietnam y las claras diferencias existentes entre estos países, sosteniendo que el modelo de poder planteado por esta doctrina reside en la arraigada noción de que quienes están en el poder deben mantener una conducta ejemplar para, de este modo, influir en los otros. Esta idea del comportamiento ejemplar tuvo su origen en una concepción paternalista de la autoridad, en la cual cada uno está inmerso en los ideales de la piedad filial. El gobernante debe ser tanto un modelo como un guardián, lo que lleva a la glorificación de la autoridad como figura ejemplar de la sociedad y, como contrapartida, que las personas que no son capaces de responder a las exigencias del modelo planteado, son consideradas subhumanas y dignas de las penas más rigurosas.

También se adentra en las complejas concepciones religiosas y políticas de la India, desde donde se extiende el budismo al Tibet, al Asia central y sudoriental, China y Japón, además de extender la idea de los dioses-reyes que tanta importancia tuvieron en el sudeste asiático. La pluralidad de contradicciones existentes en la cultura hindú, la aceptación de la superioridad moral y la complejidad de sus creencias, dificultan la comprensión de sus ideas de autoridad, situación a la que se suma la imposición desde el exterior de modelos de ejercicio del poder dentro de su territorio. Sin embargo, la autopercepción de los líderes como seres particularmente virtuosos

se conjuga con súbditos que buscan la seguridad en la búsqueda de guías a la vez espirituales que, bajo la forma de "guru", conduzca una sociedad concebida como hermandad, aunque sea fuente de dolor y hostilidad.

Japón, a su juicio, ha logrado transformar un feudalismo centralizado en un Estado burocrático moderno con un gran consenso sobre la autoridad y el ejercicio del poder. Se ha logrado así un sistema político altamente integrado y estable, que opera en forma lenta y serena, conducido por hombres de gran capacidad y energía y tecnócratas con capacidad para adaptarse con rapidez para prevenir problemas y superar las crisis. Los japoneses han aprendido a usar el paternalismo y la dependencia de los súbditos para inspirar esfuerzos colectivos que son muy difíciles de lograr en culturas centradas en concepciones individualistas y egocéntricas.

Las dificultades de China en su esfuerzo modernizador también concitan la atención del autor, quien estima que el proceso continuará siendo extremadamente difícil en la medida que se trate de alcanzar estos objetivos dentro de un sistema altamente centralizado, disciplinado por una ideología moralista y dependiente de autoridades muy personalizadas. Ve la suerte de mil millones de chinos condicionada por las cualidades personales del próximo líder supremo, en una cultura en que los destinos sociales están demasiado ligados a los de la autoridad. "La verdadera 'tragedia de la Revolución china', es que a pesar de todos los golpes por los que ha pasado el país, su cultura es aún en extremo dependiente de la autoridad" (p. 213). La apertura al exterior está trayendo como consecuencia que un número creciente de chinos se estén dando cuenta de que, mientras ellos estaban absortos en sus ilusiones de heroísmos revolucionarios, sus vecinos les tomaron la delantera en la modernización. Aún así, el potencial para el cambio existe y hay un número considerable de personas que están en condiciones de pensar los problemas de su país y llegar a soluciones no dogmáticas.

El problema para la estabilidad del país, para Pye, se producirá en la lucha por el poder por la sucesión de Deng, en lo cual el poder deberá quedar en manos de los modernizantes antidogmáticos mencionados o volverá a las de los burócratas conservadores interesados en mantener las actitudes tradicionales hacia el poder y la autoridad.

La obra presenta también una visión de Corea, Taiwán y Vietnam como "formas agresivas" de la herencia de Confucio, la confrontación entre dos culturas incompatibles en Malasia y la lucha entre reformistas y fundamentalistas entre los islámicos.

El autor se pregunta si, dado que el concepto de poder en Asia está comenzando a contribuir a sólidos procesos de desarrollo econó-

mico nacional, podrá este desarrollo contribuir, a su vez, a lograr avances para la democracia en el área. Su visión es ambigua si se considera a la democracia en los mismos términos que lo hace Occidente. Ésta no tiene en esos países el mismo valor que en el resto del mundo y el paternalismo a que se ha hecho referencia, no contribuye a su difusión. No obstante, estima que el progreso puede llevar a cierta forma de democracia debido a que el impacto occidental no ha sido solamente tecnológico, sino que también ha incluido en su espectro a los ideales democráticos.

La obra de Lucien W. Pye, es ambiciosa en la amplitud de los temas tratados e interesante en su enfoque. El análisis de las formas y raíces culturales para analizar las estructuras y las inercias históricas en el poder asiático, ofrece una perspectiva sumamente atractiva. Ésta presenta riesgos de los que hay que estar alerta, pues, si no se cuenta con fundamentadas percepciones de esas culturas y su capacidad de condicionar comportamientos políticos, se puede caer en subjetivismos que conduzcan a mayores errores en la interpretación de los que se quiere corregir, aunque no parece ser el caso en este libro bien documentado, de inferencias cuidadas e inteligentes sugerencias.

JOSÉ ANTONIO COUSIÑO